

FRANCK MAUBERT

EL HOMBRE
QUE CAMINA

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS
DE NÚRIA PETIT

BARCELONA 2019



ACANTILADO

TÍTULO ORIGINAL *L'homme qui marche*

Publicado por

A C A N T I L A D O

Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona

Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956

correo@acantilado.es

www.acantilado.es

© 2016 by Librairie Arthème Fayard

© de la traducción, 2019 by Núria Petit Fontserè

© de la ilustración de la cubierta, 2018 by Herederos de Alberto
Giacometti (Fundación Alberto y Annette Giacometti,
París)/VEGAP, Barcelona

© de esta edición, 2019 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S. A.

En la cubierta, boceto de *El hombre que camina* (1950),
de Alberto Giacometti

ISBN: 978-84-17346-48-5

DEPÓSITO LEGAL: B. 29 560-2018

AIGUADEVIDRE *Gràfica*

QUADERNS CREMA *Composició*

ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *enero de 2019*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

<i>Prefacio</i>	9
El primer encuentro	13
Los hombres que caminan	19
El dibujo antes que nada	33
La memoria en negativo	43
El hombre sin vanidad	57
Caminar es ser	63
Así que la muerte era eso	67
Un accidente feliz y una amistad rota	73
Frente a <i>El hombre que camina</i>	79
Giacometti y Bacon	85
Lo inhumano refuerza lo humano	91
Alberto y Auguste	97
Es imposible no pensar en ello	105
¿De dónde viene <i>El hombre que camina</i> ?	111
Comenzar una y otra vez	117
Chase Manhattan	121
Vivir con Giacometti	127
Fragmentos de una vida	129

<i>Hombre que camina I</i>	132
<i>Hombre que camina II</i>	133
<i>Procedencia y créditos de las ilustraciones</i>	135
<i>Bibliografía</i>	136

A Pierre Schneider.

PREFACIO

¿Por qué es tan fascinante la escultura *El hombre que camina*? Sorprende que, pese a que Alberto Giacometti y su obra han sido objeto de tantísimos estudios, no exista ningún libro dedicado a esta obra maestra, cuya escuálida silueta se ha convertido en la escultura más famosa del siglo xx, en el emblema del hombre universal.

¿Cómo y por qué nació esta escultura? ¿Por qué nos emociona tanto esta representación? *El hombre que camina* es nuestro espejo, pues nos representa a nosotros, con nuestra precariedad, nuestro dolor y nuestra soledad. Giacometti logra hacernos compartir la turbia sensación de lo humano. Esta imagen de fragilidad es la nuestra, es la imagen de cualquier ser y también la del artista que va y viene por su taller. Caminar es ser, es existir. *El hombre que camina* representa a todos los que lo contemplan. Su marcha lo proyecta hacia una meta desconocida.

¿De dónde viene este hombre que tanto se nos asemeja? Esta obra, con distintas variantes,

PREFACIO

acompaña al artista casi hasta el final de su vida; es su principal preocupación y refleja su gran pregunta. Evocaremos el arte egipcio, el arte etrusco, pero también las figuras de Giotto y sobre todo de Rodin, su maestro, al que logrará superar, o cuando menos igualar. Su escultura ocupa el espacio y lo muestra. El artista intenta lo imposible: una escultura en movimiento, en una postura inverosímil, con el cuerpo inclinado hacia delante y los pies anclados en el suelo, en su condición humana, desafiando las leyes de la gravedad. ¿Cómo fijar la movilidad? Giacometti intenta la paradoja y consigue insuflar a su estatua el soplo de la vida. Seguramente también por todo eso nos atrae y nos seduce.

F. M.

BRETON: ¿Qué es tu taller?
GIACOMETTI: Dos piececitos
que caminan.

Documents 34

Al hombre le interesa una sola
cosa: el hombre.

BLAISE PASCAL

EL PRIMER ENCUENTRO

A la hora incierta en que la luz del final de la tarde cambia y de repente podría confundirse con la de la mañana de los orígenes, me encontré por primera vez con *El hombre que camina*, sin saber nada de la obra ni de su importancia. En compañía de un amigo apasionado por el arte como yo —debíamos de tener menos de dieciocho años—, había llegado en autostop hasta Saint-Paul-de-Vence para ver la exposición «El Museo imaginario de André Malraux». Al principio, pues, se produjo un encuentro imprevisto: yo iba a descubrir el universo de las formas de Malraux y me topé con Alberto Giacometti y la larga silueta esculpida de su escultura.

Aquella tarde, en la Fundación Maeght, el rosa dorado que envolvía las estatuas del patio Giacometti, con sus paredes de ladrillo, se oscureció bruscamente, expulsado por una franja de nubes amarradas al horizonte. Por entre los pinos marítimos soplaba un viento cálido. Las esculturas vibraban en el aire tórrido de agosto, y parecían

personas reunidas en un conciliábulo. Allí estaba plantado un grupo de estatuas, mujeres desnudas y un perro con el tórax esquelético. Yo estaba entre ellos, compartíamos el mismo espacio. Aquellas mujeres posaban sobre mí una mirada perdida. Sentía el peso de su fuerza y su fragilidad. Jamás había visto ni sentido nada parecido. Jamás unos personajes de bronce recubiertos de una pátina ocre me habían parecido tan presentes, tan vivos. «¿A qué has venido?», parecían decirme. Sentía que estaban a punto de hablarme. ¿Era su superficie mortificada, abollonada, llena de surcos, tan característica de la escultura de Giacometti, lo que los hacía tan humanos? ¿Era esa manera tan distinta de los lisos mármoles romanos, concebidos y ejecutados con las proporciones del hombre? El ser puesto al desnudo, pensé aquel día, el ser frente a la muerte, el ser y la nada: eran humanos por su extrema indigencia.

El bochorno que anunciaba la tormenta se volvió pesado y sofocante. De pronto empezó a granizar. El enjambre de los últimos visitantes se precipitó hacia el interior de las salas. Yo no podía apartar la vista de las estatuas que me tenían embelesado. Ignoraba el diluvio de flechas heladas que se abatía sobre nosotros.

Uno de los personajes en particular me atrapa. No existía nada más que aquella silueta escuálida, humilde y altiva a la vez, que proclamaba su soledad. Me senté con las piernas cruzadas en las baldosas de barro cocido frente a él. Lo miraba y me miraba. Parecía temblar bajo el aguacero, y yo ya no sabía si era él o era yo el que tiritaba. El agua se deslizaba por su cuerpo e intensificaba la impresión de su temblor. Disipaba la severidad de su apariencia.

A nuestro alrededor se había hecho el vacío. Ahora estábamos completamente solos. Observé cada detalle. ¿Cómo había logrado el escultor crear la ilusión de una piel, de una capa granulosa bajo la dermis, sin que la escultura tuviera no obstante la apariencia de un hombre desollado? ¿Cómo había sabido mostrar lo que hay debajo de la materia, hacerlo sensible? Todo ello con una única finalidad: hacer más real aun ese cuerpo despojado de todo.

En nuestro encuentro, tan sólo lo veía a él, con sus largas piernas flacas, sus brazos junto al cuerpo, escuálidos también. Daba la impresión de salir de una noche sin nombre, de avanzar hacia mí, de hendir el espacio; no era de bronce sino de carne; cobraba vida. Su mirada dirigida al hori-

zonte parecía la de quien rumia las tres preguntas eternas pero fundamentales: ¿de dónde venimos?, ¿quiénes somos?, ¿adónde vamos?

Bajo los embates de la lluvia, por momentos, su rostro se desvanecía, y me daban ganas de tomarle la mano y estrechársela. Ya no veía los grumos, las marcas de amasado de la materia, las huellas de las manos, los dedos, las marcas de la espátula, todas las heridas infligidas por el escultor. Imaginaba al artista trabajando, antes de la etapa final del bronce, con sus materiales de origen, el yeso, la estopa, el cordel, las varillas de hierro y a saber cuántas cosas más. Veía al artista enfrentándose a las entrañas de su obra. Allí, delante de mí, un hombre monumental que triunfaba sobre la muerte, un hombre victorioso.

¿A qué se debe la fuerza de esa obra? ¿Qué le otorga su humanidad? Erguida en su verticalidad, con los pies rocosos enraizados en la piedra que es la peana, esa figura de bronce tiene alma y parece encerrar una verdad interior. ¿Es su cabeza reducida, su altura, lo que le insufla esa energía, como si todo su ser se concentrara en esa cabezita comprimida?

Fue así, entregado al vértigo, frente a ella, envuelto en una tenue luz apocalíptica, como empe-

zó nuestro diálogo. Desde entonces no ha cesado. Desde aquella tarde de agosto de 1973 y aquella tormenta de verano, no me ha abandonado la intensidad de esa visión. *El hombre que camina* ha modificado mi mirada, mi forma de ver, de observar una escultura. Pertenece a mi paisaje interior.